Al decirnos los dos nuestros amores
Con ella y yo se completaba el mundo!
Mas la ausencia, el olvido, la distancia,
La frágil condicion del ser humano,
Hicieron fatigosa la constancia,
Y un nuevo anillo engalanó su mano.
Sin dejarle siquiera una memoria
Pasaron nuestras bellas ilusiones,
Y fué mi breve, lamentable historia
La historia de otros muchos corazones.

III

Velut umbras

¿Porqué al verme te vas, y de tus plantas
El listo paso abrevias y te escondes,
Y al sentarme á tu lado te levantas,
Y al decirte mi amor no me respondes?
En nada te ofendí; si algunas quejas
De mi constancia sin igual tenias,
Cuando el último adios junto á tus rejas
¿Porqué no hablaste como hablar solias?
Acuérdate, por Dios, de nuestra historia
De intimidad secreta, afan y llanto,
Y no borres jamas de tu memoria
Que desde niños nos quisimos tanto!
Acuérdate de mí, de tí, de alguna
De las horas de fe de nuestras almas,
De aquella noche de la opaca luna
A las móviles sombras de las palmas;
Acuérdate no mas del juramento
Que en un instante de pasion me hiciste,
Y vuelve á lo pasado el pensamiento
Y torna á ser la que otro tiempo fuiste!

UNA MUJER

De la luna clara y bella
Hay en tus ojos reflejos;
Hay luz que una luz destella,
Como el rayo de una estrella
Que viene desde muy léjos.
Es tu voz acento grave
De un corazon que está en calma,
O una música tan suave,
Que parece que hay un ave
Que está cantando en tu alma.
Y así, objeto de mi anhelo,
Me das al hablar consuelo
Y al mirar placer profundo,
Que tu voz no es de este mundo
Y tu mirada es del cielo.

A. M.

Lanzaba un rayo ténue y azulado
La lámpara encubierta con un velo,
Como un rayo de luna aprisionado
En un vaso del cielo;
Y al lento fuego que en su hogar ardia,
Desprendida del barro de la tierra,
Los versos mi adorada me decia
Del trágico inmortal de la Inglaterra.
Trémula, acongojada, vacilante,
Como ansiando rasgar sus vestiduras,
Al seno palpitante
Llevaba en su dolor las manos puras;
Y adivinando el celestial deseo

De su pasion secreta,
Habló en mi jóven corazon Romeo,
Y entre mis brazos estreché á Julieta.
Sentóse á reposar al lado mio,
Que siempre junto á mí reposo hallaba:
Y en su rostro sombrio
La media luz del aposento daba.
Llenaron sus miradas de tristeza
Sus delirios febriles,
Y reclinó en mi pecho la cabeza
Que coronaban diez y siete abriles.
Cual queriendo dormir, la ví llorosa
Entreabrir y cerrar sus ojos bellos;
Pasé la mano por su frente hermosa,
Y me puse á jugar con sus cabellos.
Nunca en sus tiempos de feliz destino
La amaron otros con amor más santo,
Ni yo he vuelto á encontrar en mi camino
Una mujer que me quisiese tanto.
Pertenecerme como esclava al dueño,
Era todo su afan; y yo sensible
Pensaba, en pago de su fiel empeño,
Que sin ella vivir era imposible.
A ver la noche á la ventana fuímos
Tras un desanso breve,
Y en el silencio sepulcral sentimos
Llover las nubes abundante nieve.
Estaba ya la poblacion dormida,
Semejando yacer en sueño eterno,
Y sobre toda la ciudad tendida
La fúnebre mortaja del invierno.
Del olmo que sufrió los aquilones
Hilos y gotas de cristal pendientes,
Filigrana argentina en los balcones,
Y el agua muda en las cercanas fuentes.
Y oh! cuantos desvelados,
Que nuestra mútua adoracion sabian,

Suspirando por ella enamorados
Mi suerte triunfadora envidiarian!
Dando á su voz melódica dulzura
Me prodigaba caprichosos nombres,
Descubriendo tesoros de ternura
En el áspero idioma de los hombres.
Y al cautivarme con su grato acento,
Como si hablase á un inocente niño,
Inventaba su fértil pensamiento
Palabras de entusiasmo y de cariño.
Imaginaba en su bondad sincera
Que mucho más que de su amor avaro,
En la playa extranjera
Necesitaba compasion y amparo;
Y así cambiando el fatigante anhelo
En gozos, esperanzas y delicias,
Hallaba yo con sin igual consuelo
Algo de maternal en sus caricias.
—Jura, me dijo.—Juraré; ¿qué pides?
—Pido que mires con piedad mi llanto,
Y nunca, nunca olvides
Que te he querido y que te quiero tanto!
—No sé dó llevarán la barca mia
La onda, el viento, el que la mar gobierna,
Ni dónde el ancla arrojaré algun dia
Desde esta orilla hasta la orilla eterna;
Mas donde quiera, respondí, ni glorias
Ni dicha, ni pesar, tormenta ó calma,
Borrarán de mi mente tus memorias
E irás conmigo en lo mejor del alma;
Irás hasta que rujan iracundos
Vientos que en raudo giro se revuelven,
Y llegue yo por fin á aquellos mundos
De donde nunca los viajeros vuelven.
Volvimos á la lumbre, ó noble amante!
La imágen de las penas parecias,
Que el escultor y enfermo delirante

Talló en el mármol de las tumbas frias.
Del verde de las olas en reposo
El verde puro de sus ojos era
Cuando tiñe su manto el bosque hojoso
Con sombras de esmeralda en la ribera.
En su boca hospedaba el sentimiento
Los besos de la paz y la constancia,
Que regalaban en su tibio aliento
El suave olor de la primera infancia.
Y en su gracia, esbeltez y donosura
Vistiendo aquella noche la alba veste,
Recordaba su pálida hermosura
La escanciadora del licor celeste.
Ay! qué fué de tu amor? oh suerte vana!
Ví en la nueva estacion, ¡con qué tormento!
Salir otra mujer á la ventana
Y brillar otra luz en tu aposento!
Y hoy sé, oh dolor! que ya despareciste
Y que no quedan de tu amor, Dios mio!
Sino una tosca cruz y un sauce triste
Llorando á orillas de extranjero rio.
Y que de pueblo en pueblo transitando
Contabas al pasar tu pesadumbre
Ricas diademas de laurel hollando
Que arrojaba á tus piés la muchedumbre.

TRADUCCIONES

PODER DEL ARPA

(IMITACION.)

Salió el padre muy temprano
A buscar pan á sus hijos,
Y vuelve al morir el dia
Muriendo de angustia y frio.
—¡Dános pan! tenemos hambre!
Claman al verlo los niños;
Dános pan, que ya es de noche!
Dános el pan que has traido!
Inclina el padre la frente
Y se sienta pensativo,
Y en torno suyo se agrupan
Sus tiernos y hermosos hijos.
—Dadme el arpa, dice entónces;
Y traen el arpa los niños. . . .
Y él arranca de sus cuerdas
Maravillosos sonidos.
Y no se acuerdan del hambre,
Y bailan los pobrecitos,
Y del baile fatigados
Se quedan todos dormidos.
—Dios mio! murmura el padre:
Ved mis hijos! ved mis hijos!—
Y no abrieron más los ojos
Aquellos hermosos niños!